

Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la Restauración en Cuba¹

José Abreu Cardet²

En ocasiones pensamos que los acontecimientos del pasado estaban predestinados a desarrollarse de la forma en que ocurrieron sin otra posibilidad. El estallido independentista de octubre de 1868 en Cuba no parece tener otros senderos. Al ver el pretérito de la mayor de las Antillas en los últimos 30 años del siglo XIX, nos encontramos con una sociedad donde aparentemente predominaba el independentismo. Nos llega la sensación que cada cubano era un insurrecto. Tres guerras que suman más 15 años y una movilización militar española, para someter a estos insumisos antillanos, que llegó casi el medio millón de hombres, parecen corroborar ese criterio.

Una cifra no imaginable, prácticamente, en ninguna de las guerras coloniales hasta entonces libradas. En el período de paz, 1881-1894, se desarrollaron numerosas conspiraciones,

1. Conferencia pronunciada en la sede de la institución, en la noche del miércoles 11 de marzo de 2015.
2. Historiador e investigador de Holguín, Cuba. Ha publicado 26 obras históricas, entre ellas 4 de historia dominicana: 2 sobre las Expediciones de Junio de 1959 y 2 sobre la Guerra de la Restauración. Es Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia Dominicana de la Historia desde 2004 y actualmente está trabajando en dos ensayos: uno relacionado con la gesta restauradora, basado en fuentes documentales del Archivo General de la Nación; y otro sobre la campaña de Máximo Gómez y Luis Marcano en 1869-1870 en el oriente cubano.



y fueron organizadas varias expediciones. Aunque todos estos intentos fracasaron, nos dicen de la constancia de los cubanos para luchar por su independencia. Esta información nos parece confirmar que el independentismo de estos isleños tenía mucho arraigo. Pero existe otra historia.

En octubre de 1868 las fuerzas integristas, como se les llamaba a los defensores del imperio español en la mayor de las Antillas, eran tan fuertes y numerosas como los independentistas. En 1862 residían en Cuba unos 115,600 peninsulares, canarios y baleares.³ Si tenemos en cuenta que la población era de 1,426,475⁴ nos encontraremos que constituían más del 10% por ciento de los vecinos de la isla. Además, una parte significativa de ellos eran jóvenes varones, por lo que en una contienda bélica tendrían un peso importante en el bando al que se inclinaran. A estos debemos de sumar otros grupos como los descendientes de los inmigrantes de origen francés que se establecieron en la isla luego de la Revolución de Haití. Muchos de ellos lucharon con gran encono contra el independentismo junto, a una cantidad de cubanos que tomaron igual partido.

El historiador Fernando Portuondo fue el que mejor retrato en lo espiritual a muchos de estos inmigrados:

“(…) En su mayoría solteros. Eran buscadores de fortuna, cuyo afán al cruzar el océano se cifraba en volver al hogar, casi siempre campesino, con los bolsillos llenos. Laboriosos y carentes de educación, resultaban por su edad, condiciones e ignorancia, fáciles de convencer de que las cosas debían de seguir en la

3. Ismael Sarmiento Ramírez. *Cuba. Entre la opulencia y la pobreza*. S/l, s/a, Aguilar Editores S. L., p. 45.

4. *Ibidem*, p. 51.



colonia como estaban para que ellos pudieran realizar su ideal de enriquecerse rápidamente”.⁵

La cifra de defensores del imperio, muchos nacidos en la isla, se incrementaba. Había una cifra significativa de cubanos propietarios de ingenios azucareros por lo que una guerra de independencia podía terminar en una sublevación de esclavos. Cada vecino considerado blanco vivía atenazado por el pánico de que el caso de Haití se repitiera en Cuba. Existían motivos demográficos que sustentaban ese espanto, ya que en 1867 de la anteriormente señalada población de 1,426,475 habitantes unos 344,618 eran esclavos y 248,703 personas consideradas como de color libres.⁶ Además, residía en la isla una importante población china que, aunque legalmente estaban considerados como colonos e incluso firmaban un contrato a la hora de embarcar en su país, la diferencia entre estos y los esclavos no era mucha.

Ante tales intereses materiales y terrores del espíritu por una posible sublevación de los esclavos, podríamos preguntarnos hoy si la independencia era el único camino que tenían ante sí los cubanos. Los integristas eran tan temerarios como sus contrincantes independentistas. Estos dueños de ingenios y cafetales habían actuado con una energía y perversidad sobredimensionada. La isla había sobrevivido como colonia española al volcán independentista latinoamericano.

Los propietarios de esclavos se habían enfrentado con éxito a la política abolicionista del imperio británico, comprando funcionarios a todos los niveles, asunto no muy difícil en el

5. Fernando Portuondo y del Prado. *Historia de Cuba*. La Habana, 1965, pp. 431-432.

6. Ismael Sarmiento Ramírez. Cuba: *Entre la opulencia...*, p. 51.



imperio hispano y valiéndose de todo tipo de artimañas para continuar la introducción esclavos. Ante la posibilidad de que la decadente España fuera obligada a abolir la esclavitud por el imperio británico organizaron expediciones y conspiraciones para anexarse a los Estados Unidos entonces esclavistas.

La mayor hazaña de los integristas fue enfrentarse con éxito y mantener la esclavitud y una alta producción de azúcar en las dos primeras Guerras de Independencia. Pese a que en el centro y el oriente se desarrolló una descomunal guerra de liberación y abolicionista, entre 1868-1878, Cuba produjo anualmente más del 15 % de todo el azúcar del mundo. Incluidas en ese período están las zafras de 1868 a 1876 en que llegó a fabricar más del 20 por ciento anual de la producción mundial.⁷ Esta producción azucarera se realizaba fundamentalmente en el centro y el occidente.

Se produjo un incremento de la cantidad de azúcar respecto a los años anteriores a la guerra. Entre 1858-1868 se produjeron 5,496,706 toneladas de azúcar. Mientras entre 1869-1878 la misma alcanzó la cifra de 6,817,361 toneladas.⁸ La esclavitud continuó en estos territorios y en 1873 llegó lo que se considera el último cargamento de esclavos. Pero continuó el comercio de trabajadores chinos. Entre 1869-1874 se vendieron en la ciudad de La Habana un total de 24,078 culíes chinos.⁹ Parecía que esta historia se repetiría eternamente.

7. Manuel Moreno Fraginals. *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales. 1978, tomo 3, p. 37.
8. Jorge Ibarra Cuesta. *Marx y los Historiadores. Ante la hacienda y la plantación esclavista*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, p. 263.
9. Juan Pérez de la Riva, *El Barracón y otros ensayos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 471.



Contra toda lógica, en 1868 estalló la primera Guerra de Independencia cubana. Las causas de esta contienda son múltiples y no es nuestro objetivo ni tampoco tenemos tiempo entrar en tales detalles. Pero un factor determinante que impulsó aquel alzamiento fue la Guerra de la Restauración dominicana. La derrota de las fuerzas colonialistas en la guerra librada contra España por los patriotas dominicanos repercutió profundamente en Cuba. Pese a la censura hispana, en la práctica no había forma de ocultar esa triste realidad. La mayoría de las fuerzas españolas se retiraron hacia Cuba. Muchas de ellas pertenecían al ejército español dislocado en Cuba.

Como la capacidad de los buques no era suficiente para trasladar en un solo viaje a los derrotados militares, se dispuso que cada embarcación realizara más de uno. Para utilizar mejor estos traslados de tropas, se ordenó que ese dirigieran solo a los puertos y embarcaderos situados entre Nuevitas y Santiago de Cuba, el territorio más cercano de Santo Domingo.¹⁰ Para evitar la acumulación de estas fuerzas en los puertos, se dispuso la dislocación de parte de ellas en diferentes poblados del interior de la región oriental y en Camagüey. Un ejemplo de esto fue que una de las compañías de la extinta Brigada de Azua y Baní se enviara a la ciudad de Camagüey.

De esa forma los cubanos fueron testigos del paso de estas derrotadas huestes. Es de pensar que muchos de estos veteranos se entregarían a largas narraciones en tabernas y bodegas. Como era ancestral costumbre entre los veteranos de una guerra, contaban sus muchas hazañas reales e imaginarias. También

10. Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Asuntos Políticos*. Caja 227. Número 6.



incluyeron en los relatos los sufrimientos y las derrotas. De esa forma cada militar se convirtió en un divulgador del descalabro.

Existía otro asunto más complejo. Una parte de la población dominicana apoyó la Anexión. Este sería un tema en extremo sensible para el futuro de Cuba. La metrópoli decidió no dejar abandonados a quienes le habían mostrado tanta fidelidad y decidió evacuar a la oficialidad que estuviera dispuesta a emigrar y a los soldados de fila se les dejaron las armas.

Se dictó una Real Orden, el 10 de enero de 1865, que disponía que:

“no se desatienda y por el contrario se ampare y se proteja a los generales, jefes y oficiales de la reserva de este país”.¹¹

Pero muy pronto las autoridades metropolitanas se dieron cuenta de lo espinoso del asunto. El destino de esta gente creaba un serio problema para la estabilidad futura de Cuba. El capitán general de Santo Domingo José de la Gándara hizo un interesante razonamiento:

“(…) El mayor número pertenece a la raza de color, siendo negros y mulatos generales, brigadieres y jefes de todas las categorías (...), la mayor parte de estas personas desearían ir a establecerse a las vecinas islas de Cuba y Puerto Rico, para buscar en ellas además de la protección del gobierno la analogía de costumbre idioma y religión. Los hombres de este país nacidos en la libertad acostumbrados al goce de todos los derechos políticos y civiles, y disfrutando de las ventajas de todas las categorías sociales llevarán sus hábitos y

11. Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Asuntos Políticos*. Caja 227. Número 8.



Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la...

su altiva condición a unas posiciones donde existe la esclavitud, sirviendo en ellas de pernicioso ejemplo para los esclavos y libertos de su propia raza”.¹²

Las autoridades españolas muy pronto se dieron cuenta de estas circunstancias y tomaron medidas para evitar el deplorable ejemplo que podían dar los dominicanos negros y mulatos a los cubanos de piel oscura. El 25 de mayo de 1865, el Capitán General de Santo Domingo le escribió al jefe militar de Baní:

“No debe haber distinción de clase ni de razas para apreciar los merecimientos de cada uno y concederles la protección a que se hayan hecho acreedores, pero no puede admitirseles indistintamente la elección del país de su futura residencia al abandonar a Santo Domingo. A la isla de Cuba por ejemplo no podrán ir los hombres de color, y aun con los blancos habrá necesidad de ser circunspectos en la designación de aquellas personas a quienes se permita fijar allí la residencia”.¹³

Los dominicanos fieles a España se podían establecer en la Península, Puerto Rico, las Islas Canarias, las Baleares, las posiciones españolas de África, pero en ningún caso en Cuba. Pese a las muchas preocupaciones y medidas tomadas por los hispanos, un grupo de dominicanos se estableció en Cuba.

Según el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, en 1866, se habían asentado en Manzanillo, puerto cubano del oriente de la isla, 14 dominicanos. Es interesante dar una mirada al listado de los que se establecieron en esta jurisdicción. Ellos

12. *Ibidem*, p. 121.

13. Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Asuntos Políticos*. Caja 227. Número 6.



fueron: Mariscal Modesto Díaz Álvarez; Brigadier Francisco Javier Heredia; Coronel Manuel Javier Abreu; Coronel Manuel Frómata; Teniente coronel Toribio Llepez; Teniente coronel Santiago Pérez; Comandante Máximo Gómez; Comandante Rufino Martínez; Capitán Juan Gómez; Capitán Carlos de Soto; Capitán Luis Marcano Álvarez; Capitán Felix Marcano Alvarez; y Subteniente Ignacio Díaz.¹⁴

Algunos de ellos posteriormente y se mudaron a la cercana jurisdicción de Bayamo. Es significativo que en el territorio donde estalló la revolución se encontrara un número tan importante de altos oficiales del Ejército Dominicano. Recordemos que el Ingenio Damajagua donde se produjo el alzamiento pertenecía a la jurisdicción de Manzanillo.

Todos ellos habían actuado con gran fidelidad hacia España en la Guerra de la Restauración. En Cuba, durante la conflagración de 1868, una parte combatió al lado del colonialismo español hasta las últimas consecuencias. Entre estos se encontraba por ejemplo el general José Varela, quien se destacó por su inteligencia y temeridad en la persecución de las fuerzas libertadoras y llegó a ganarse una alta consideración entre los jefes y oficiales españoles. El terrible Valeriano Weyler Nicolau, al abandonar su mando en Cuba, en 1897, el buque que lo conducía a la Península se averió a la altura del puerto de Gibara por lo que fue necesario que la embarcación entrara en esa bahía para su reparación. Allí vivía ya en retiro el general dominicano Valera. Weyler lo visitó en su casa en prueba del respeto que sentía por su viejo compañero de

14. Emilio Rodríguez Demorizi, *Hojas de Servicio del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, C. por A., 1968, tomo 2, pp. 96 y 103.



armas.¹⁵ El general Eusebio Puello encabezó la ofensiva contra los mambises en Camagüey y hubo muchos otros diversos ejemplos de dominicanos que combatieron por España.

Al mismo tiempo, un grupo de dominicanos se unieron al Ejército Libertador y jugaron, en los primeros años, un papel fundamental en la guerra contra la metrópoli. Estos fueron los más recordados. A los fieles al integrista se les olvidó en Las Antillas y la península. La fama subversiva de los dominicanos alcanzó un matiz antológico y las autoridades consideraban como un agravante de los sospechosos de colaborar con los insurrectos el ser de esa nacionalidad.

En un informe de las autoridades coloniales de los primeros días del alzamiento, al referirse a un dominicano establecido en el oriente de Cuba, y sobre el cual se tenían sospechas de que colaboraba con los insurrectos, anotaron en el expediente que se le hizo que:

“Es de los emigrados de la vecina isla de Santo Domingo, los cuales en su mayor parte han tomado una participación demasiado activa en la traidora e injustificable rebelión que lamentamos (...)”.¹⁶

¿Por qué un grupo de estos hombres y mujeres escogieron el sendero de la insurrección? Me refiero a mujeres, pues por ejemplo las hermanas de Máximo Gómez se unieron a la revolución independentista.

15. Valeriano Weyler Nicolau. *Mi Mando en Cuba (10 de Febrero de 1896 a 31 de Octubre de 1897). Historia Militar y Política de la Última Guerra Separatista Durante mi Mando*. Tomo V. Madrid, Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, 1901, p. 373.

16. Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Comisión Militar*. Legajo 126, Número 12.



No es asunto fácil ante tan reducido número de individuos hacer una generalización. En la decisión de cada uno había mucho del trasfondo que forja la individualidad. Pero, al mismo tiempo, nos encontramos con asuntos comunes, implícitos en la sociedad en que vivieron, que nos permiten ir más allá de los marcos estrechos de la biografía para intentar entender el trasfondo de la decisión que los llevó al campamento mambí.

Un asunto evidente, a simple vista, eran las diferencias notables entre ambas sociedades. Los dominicanos vivían en un país libre aunque es cierto que tenía una gran inestabilidad política. No habían sido capaces de administrar correctamente su libertad. Pero por contradictorio que parezca, la misma decisión de retornar al seno del imperio español era una prueba inequívoca de la mucha libertad de que gozaban. No padecían la sumisión y el abotargamiento de los pueblos que soportan largas tiranías.

Aunque, en esencia, la historia de los dominicanos que se unieron a los libertadores cubanos no difiere mucho de la de los que continuaron fieles a la metrópoli. Todos se destacaron por su acción a favor de la Anexión de su patria. Veamos algunos ejemplos:

A Máximo Gómez, el mando militar hispano en Santo Domingo le otorgó el grado de Comandante, por su actitud en la retirada de San José de Ocoa, el 13 de octubre de 1863.¹⁷

Modesto Díaz dio pruebas de su fidelidad en numerosos combates. Incluso fue hecho prisionero por las fuerzas insurrectas junto a otros oficiales dominicanos al servicio de España. Lograron desarmar al oficial que los custodiaba

17. Emilio Rodríguez Demorizi. *Hojas de Servicio del Ejército...*, tomo 1, p. 175.



y se escaparon internándose en los montes, rehuendo la persecución de los revolucionarios hasta que se unieron a una columna hispana.¹⁸

Modesto Díaz abandonó Santo Domingo con el grado de General de División de las Reservas Dominicanas. En julio de 1865, José de la Gándara, el Capitán General de la isla de Santo Domingo, luego de detallar en un documento los numerosos méritos contraídos por Díaz en sus actividades en el Ejército Español agregó que:

(“...”) deja todo lo que constituía su fortuna, por seguir la Bandera Española, dando con esto nuevas pruebas de su lealtad y amor a España (...).¹⁹

Félix Marcano Álvarez, al estallido de la Guerra de la Restauración el 16 de agosto de 1863, era Sargento Primero y de inmediato se unió a las fuerzas hispanas. Fue hecho prisionero al inició de la sublevación, se fugó y se unió de nuevo a los españoles junto con su hermano Luís Marcano. Resultó herido en una acción y se le otorgó la Cruz de Carlos III, por sus méritos alcanzados en la Guerra de la Restauración en defensa de España. El 29 de agosto de 1864, fue ascendido a Capitán por el valor que mostró en los combates realizados en la zona de San Cristóbal, entre el 19 y el 28 de abril de ese año.

La decisión de esos dominicanos de seguir al derrotado Ejército Español era una prueba evidente de su fidelidad. Incluso una parte considerable de ellos querían continuar militando en las tropas hispanas. De inicio, no se sentían menospreciados en Cuba por sus colegas españoles.

18. *Ibidem*, p. 121.

19. Rodríguez Demorizi. *Hojas de Servicio del Ejército...*, tomo 1, p. 132.



Máximo Gómez, pocos meses después de su llegada de Santo Domingo, expresó a las autoridades:

“(...) que sus deseos respecto a su ulterior destino son ser clasificado para su colocación en el Ejército”.²⁰

Francisco y Luis Marcano Álvarez eran del mismo criterio.²¹

Un caso interesante fue el del coronel Manuel de Jesús Javier Abreu Romero. Esta figura poco conocida nos puede revelar un criterio de los hispanos sobre los dominicanos. Abreu Romero llegó a Santiago de Cuba con el vencido ejército colonialista. Se estableció en Manzanillo y expresó desde los primeros momentos que sus deseos eran:

“(...) ser clasificado para su colocación en el Ejército (...)”.²²

Estas palabras de Abreu Romero fueron repetidas por prácticamente todos los oficiales dominicanos y copiadas literalmente por los funcionarios encargados de hacerles sus respectivos expedientes. Pero el criterio del mando militar de Cuba era muy diferente a las aspiraciones de los dominicanos, ya que no se creía conveniente incluirlos en el Ejército Español pues:

“Los individuos del antiguo Ejército de la Republica de Santo Domingo, ignoran todos los ramos de la instrucción militar en el cual no existía organización regular ni disciplina; que el carácter y hábitos de aquellos habitantes difiere muchos de los nuestros y principalmente en la cuestión de razas (...)”.²³

20. *Ibidem*, p. 168.

21. Emilio Rodríguez Demorizi. *Hojas de Servicio del Ejército...*, p. 248.

22. *Ibidem*, p. 50.

23. *Ibidem*, p. 50.



Este criterio era bastante frecuente en los informes españoles sobre los fieles y sufridos oficiales dominicanos. Estos hombres tenían un alto concepto sobre su oficio militar porque representaba para ellos un sentido de la vida. El sentirse rechazados por quienes hasta ayer habían sido sus compañeros de armas debió de ser desconcertante. Además, en Santo Domingo, militares españoles y dominicanos combatieron con mucha energía contra los restauradores. La acción militar, la constante movilidad y el vertiginoso desarrollo de las operaciones ponían en un segundo plano el desprecio que sentía la oficialidad hispana por los dominicanos.

En su país, estos dominicanos formaban parte de la élite del poder colonial, por lo que tenían otras consideraciones de las autoridades. Por ejemplo el general Hungría llevó a cabo la represión contra los alzamientos de febrero de 1863 en la Línea Noroeste. En esa ocasión, se le subordinaron tropas y oficiales del Ejército Español. Pero la realidad era muy distinta. Fuera de esas circunstancias impuestas por la guerra la oficialidad hispana sentía desprecio por sus improvisados colegas. Este se acrecentaba si corría sangre africana por las venas de estos oficiales dominicanos, asunto bastante frecuente en un país con una abundante población negra y mestiza. Además, a ellos debió de golpearle profundamente la existencia de la esclavitud en la isla de Cuba y en general lo injusto del sistema colonial.

En Cuba, bruscamente, se encontraron en la misma situación que los cubanos. Eran gente de segunda categoría a los ojos de los amos de la isla. Un grupo pasado a retiro y abandonado a su suerte. Los militares y empleados peninsulares los trataban con desprecio. Al lado de estos prepotentes y muchas veces ignorantes funcionarios y militares coloniales,



los dominicanos se encontraron con otra realidad. La población cubana les ofreció una comprensión y solidaridad cotidiana.

Muchos se casaron con cubanas. Además se encontraron con un grupo de cultos y sensibles terratenientes y profesionales cubanos que debieron de causar una honda impresión en estos hombres de rudas costumbres. Es de suponer los criterios que tuvieron los hermanos Marcano de un hombre como Carlos Manuel de Céspedes quien residía en la misma jurisdicción; educado en Europa, con una cultura poco común y al mismo tiempo cercano a la vida de los campesinos y monteros orientales; tanto, que con mucho orgullo se proclamaba campesino.

Estos hombres se compenetraron con la población de la isla. Por ejemplo, el coronel Manuel Javier Abreu estableció una escuela en Ti Arriba.²⁴ y allí se incorporó al movimiento independentista. También un sobrino suyo, llamado Francisco Javier Abreu Licairac, se unió a la insurrección al igual que los hermanos Francisco y Antonio Delgado. Todos murieron, junto a Manuel, en enero de 1869 combatiendo contra España.²⁵

Generalmente, el impacto de la Guerra de la Restauración en la revolución cubana se valora por el efecto económico que causó en el tesoro de la isla. Esa aventura colonial fue sufragada por la Capitanía General de Cuba, lo que incrementó las dificultades económicas de la isla. También se considera como la influencia más decisiva en la guerra independentista cubana el destacado papel de un pequeño grupo de dominicanos

24. Emilio Rodríguez Demorizi. *Hojas de Servicio del Ejército...*, p. 51.

25. *Ibidem*, p. 51.



que militaron en las filas libertadoras y enseñaron a los cubanos las tácticas militares como la carga al machete.

Aunque ambos eventos fueron muy importantes, el factor destabilizador de la Guerra de la Restauración fue el acontecimiento en sí. Es decir, la derrota de España por un país de condiciones bastante parecidas a Cuba. Además, otro asunto en extremo importante fue la imposibilidad de ocultar la magnitud de la derrota del Ejército Español en la mayor de las Antillas, en especial en su parte oriental. Cada soldado trasladó a Cuba una página subversiva muy difícil de acallar o censurar.

La imagen de la derrota se grabó en la memoria popular cubana. La Guerra de la Restauración navegó en el entramado social que alimentó el impulso del 1868. El general Calixto García, en una de sus proclamas a los cubanos afirmó que:

“Antes de mucho veréis el final de la obra que empezó con el cobarde abandono de Santo Domingo, que seguirá con el de Cuba y concluirá con el de Puerto Rico, último baluarte de la tiranía goda en América”.²⁶

Pero qué papel les guardaba la sociedad cubana del oriente a estos recién llegados. Era bastante limitado. Ninguno de ellos estaba entre los líderes de la conspiración ni el levantamiento y no solo porque habían sido miembro del Ejército Español. El asunto era más complejo.

Si analizamos con cuidado la historia de la Guerra de Independencia de 1868, podríamos afirmar que esta fue organizada, en buena medida, por un grupo de parientes pertenecientes a antiguas familias criollas del oriente y el

26. Antonio Pírala Criado, Antonio. *Anales de la Guerra de Cuba*, 3 tomos. Madrid, Imprenta F. González Rojas. 1895-1898, tomo 1, p. 763.



centro de la isla. Es posible que algunos ya no tuvieran el abolengo material de sus antepasados, pero tras ellos estaban los cimientos de una vieja y patriarcal familia criolla.

Citaré algunos ejemplos: Los antepasados de Carlos Manuel de Céspedes, por la parte del padre, residían en Bayamo desde la primera mitad del siglo XVII.²⁷ Los padres del general Ignacio Agramonte y de su primo el coronel Eduardo Agramonte Piña, tenían antepasados en la región que se remontaban al siglo XVI.²⁸ La familia Betancourt, que daría destacados patriotas, entre ellos a Salvador Cisneros Betancourt, Ana Betancourt y otros, se había establecido en Cuba a mediados del siglo XVII.²⁹ La familia Agüero, que aportó algunos de los líderes de la guerra en Puerto Príncipe, hundía sus raíces en el siglo XVI. Estaban emparentados con Vasco Porcayo de Figueroa, personaje relevante en los primeros años de la colonización.³⁰ Pedro Figueredo, remontaba sus antepasados en Bayamo al siglo XVII.³¹

De los altos oficiales del Ejército Libertador, en Bayamo y Camagüey, un total de 27 pertenecían a antiguas familias criollas. Los antepasados de 2 de ellos llegaron en el siglo XVI; de 17 en el siglo XVII; de 6 en el siglo XVIII; y de 2 principios

27. Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo. *Carlos Manuel de Céspedes*. La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1974, tomo I, p 11.

28. Emilio Godínez Sosa. *Eduardo Agramonte*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975, p. 45.

29. Nydia Sarabia. *Ana Betancourt*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 27.

30. José Ignacio Castro y Gustavo Sed Nieves. *Biografías*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977, p. 78.

31. Olga Portuondo. *Cartas Familiares de Francisco de Estrada y Céspedes*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1989, p. 116.

del XIX.³² La mayoría de estos líderes regionales gozaban de un gran prestigio entre sus coterráneos.

Escoger los líderes militares entre los miembros de las grandes familias de terratenientes criollos era comprensible porque, al 9 de octubre de 1868, no se había creado un grupo de cubanos que se destacaran por su participación en acciones combativas y no existía una cultura bélica. No estamos ante el caso de Santo Domingo, donde el antecedente bélico tuvo una gran importancia, prácticamente desde el origen de la colonia con sus enfrentamientos a: los ingleses de Penn y Venables, en 1655; los franceses de Saint-Domingue, durante los siglos XVII y XVIII; las tropas napoleónicas en 1808-1809; los haitianos en las invasiones que sufrió el país después de proclamada su independencia en 1844; con sus propios hermanos en una contienda civil en 1857-1858; los españoles y nativos anexionistas en la Guerra de la Restauración; en las numerosas contiendas civiles y, particularmente, en la Guerra de los Seis Años contra el presidente Buenaventura Baéz, para evitar que se ejecutara la anexión del país a los Estados Unidos.

La sociedad dominicana, cuando decidió sublevarse contra España en 1863, pudo seleccionar a sus líderes entre los caudillos surgidos de esas actividades militares. En cierta forma, en cada ciudad, pueblo, zona de hatos ganaderos y grandes fincas agrícolas, aldea, o caserío rural había un héroe de la guerra contra los haitianos. Por eso, fundamentalmente, La Guerra de la Restauración constituyó una auténtica revolución popular y de liberación nacional y sus principales dirigentes militares fueron de baja extracción social.

32. Jorge Ibarra Cuesta *“Marx y los Historiadores...”*, pp. 291-299.



En Cuba, en esa situación, un individuo que no perteneciera a la élite terrateniente pero con condiciones excepcionales como militar podía alcanzar un papel social y político muy por encima de sus orígenes. Allí la guerra contra los piratas y corsarios en los siglos XVI y XVII era un asunto remoto. El ataque inglés a La Habana y un intento de establecerse en Guantánamo, ambos acontecimientos en el siglo XVIII, o los ataques de los corsarios insurgentes en las primeras décadas del siglo XIX, eran acontecimientos muy lejanos en 1868 que no marcaron la historia del país con una tradición militar.

Por lo que los cubanos de octubre de 1868 no tenían otra referencia, para buscar sus líderes militares que los muchos y complejos lazos que habían creado las familias criollas de terratenientes desde el inicio de los tiempos coloniales en la isla. Estamos ante una fuerza más bien movilizadora que propiamente militar.

La guerra no perdió ese sentido de asunto de familia que había tenido desde el principio. Cuando ocurría la traición de algún miembro de una de esas antiguas familias patriarcales, se excluía a estas del bochorno y se consideraba que había sido un hecho excepcional que los parientes rechazarían.

Ante la traición de dos altos oficiales del Ejército Libertador pertenecientes a antiguas estirpes orientales, el general insurrecto Calixto García dio por sentado el rechazo de la parentela en una proclama condenando el acontecimiento:

“Un odioso amor a la vida o un mal entendido amor a sus familiares respectivas los ha arrastrado a la traición, a la infamia. Un odioso amor a su vida, porque es odiosa



Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la...

la vida sin honor. Un mal entendido amor a sus familias, porque sus familias los execrarán”.³³

Es cierto que el pariente del caudillo de cada región, casi por regla, tenía lugar preferente en los Estados Mayores, en los altos grados y cargos militares del Ejército Libertador. Asunto que fue criticado por no pocos contemporáneos. Pero tal selección era también el tener el privilegio de ser punta de vanguardia en las emboscadas más temerarias, integrar la avanzada en las cargas de caballería y convertirse en figura muy codiciada por el fusil del infante hispano. Era tener lugar preferente en el patíbulo, en el pelotón de ejecución colonialista.

Nada más elocuente, para entender los complicados caminos que se tendían entre compromiso y familia, que una anotación que hizo Carlos Manuel de Céspedes, primer Presidente de la República insurrecta, al enterarse del fusilamiento de su hermano Pedro expresó:

“¡En fin sea por Cuba! Nadie tiene más derecho a padecer por ella que mi familia”.³⁴

No existía otra posibilidad para un Céspedes. Se crearon verdaderos grupos caudillistas regionalistas conformados en algunas regiones del oriente y el centro de la isla integrados por miembros de antiguas familias criollas y terratenientes de poca monta, campesinos, peones y otros vecinos de esas comarcas. Todos estaban caracterizados por la pertenencia a una región y a los vínculos con caudillos de esas zonas, miembros de

33. Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Donativos y Remisiones*, Legajo 543, núm. 85.

34. Eusebio Leal Spengler. *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido*. La Habana, Publicimex S.A., 1992, p. 178.



antiguas familias establecidas en ellas desde los siglos XVII, XVIII o principios del XIX.

Los dominicanos estaban excluidos de ese mundo de la élite cubana. Para poder tener un papel relevante en una jurisdicción o en una parte importante de ella, era necesario pertenecer a una de estas antiguas familias criollas, donde padres y abuelos de peones y campesinos habían conocido y estaban vinculados de alguna forma con los abuelos y padres de estos terratenientes. La sociedad cubana les dejó una puerta menor abierta a estos extranjeros: el barrio rural. Allí el recién llegado, si lograba ganarse el respeto de los vecinos, podía convertirse en una persona destacada. Algunos, incluso nacidos fuera de la isla, llegaron a tener relevancia entre los vecinos de algunos barrios. Un ejemplo fue el del dominicano Luis Marcano, quien logró alcanzar cierta popularidad en la zona de Gua, Portillo y Jibacoa, en la jurisdicción de Manzanillo.³⁵

Algunos de estos extranjeros se unieron al alzamiento promovándolo en las localidades donde residían. Según la cantidad de vecinos que lograran reunir se les asignó el grado de Teniente o Capitán y raramente alcanzaron un grado superior. Aunque, como en todo lo humano, siempre hay excepciones. Un español muy vinculado a una familia de terratenientes holguineros, líderes del alzamiento en su zona, los Grave de Peralta, casado con una mujer con apellido ilustre en los términos criollos, por la cantidad de insurrectos que aportaron, llegó a coronel en los primeros días de la guerra.

Pero los altos grados estaban reservados para los hijos de las grandes familias terratenientes. Se nacía general.

35. Fernando Portuondo y del Prado. *Estudios de Historia de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, p. 41.



Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la...

Los cubanos del 1968 eran malos conspiradores. Aunque lograron extender el complot por buena parte del país no eran gente que tenían sentido de equipo. No crearon un mando único. Los intereses regionales y caudillistas predominaban sobre los nacionales. No se pusieron de acuerdo sobre la fecha de la sublevación. Unos, en octubre de 1868, querían alzarse de inmediato, otros eran del criterio de esperar el fin de la zafra azucarera de 1868-1869 y vender fincas y ganado para obtener dinero para comprar armas.

A los dominicanos o bien se les mantenía fuera de la conspiración o estaban en un escalón muy bajo para enterarse de todo ese entramado de intereses. Tal parecía que el futuro de ellos sería el de soldados, quizás algunos con suerte llegarían a sargento. Cuando un conspirador, ganado por el entusiasmo quería sumar a un dominicano o si ya estaba comprometido con el complot, afirmaba darle mayor relevancia en especial por sus conocimientos militares, se le recordaba el pasado poco edificante de aquellos extranjeros que habían combatido en su patria por España.

El 10 de octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes se levantó en armas en su Ingenio Demajagua, en la jurisdicción de Manzanillo. La fecha hoy es sagrada entre los cubanos mientras Céspedes es considerado como el Padre de la Patria. Céspedes no le avisó a los comprometidos y por ello fueron sorprendidos en sus casas y fincas. Vicente García, quien era miembro del Ayuntamiento de la ciudad de Tunas y líder del complot en ese lugar, fue avisado por el Gobernador Español del acontecimiento; mientras Julio Grave de Peralta, líder de los holguineros, marchaba a Santiago de Cuba con una fuerte suma de dinero para trasladarse al exterior a comprar armas. Todos ellos, con una excepción, se sumaron a la guerra.



Al día siguiente del alzamiento, la tropa mandada por Carlos Manuel de Céspedes fue vencida en el ataque a un insignificante poblado: Yara. Luego del fracaso y bajo un fuerte aguacero que humedeció la pólvora de las pocas escopetas que tenían lo que los dejaba virtualmente indefensos, se dirigió seguido por una docena de sus más cercanos colaboradores a una sierra cercana para eludir la persecución española que se desató contra ellos.

Al doblar por un camino sin nombre se dio de bruces con más de un centenar de hombres que, armados de escopetas y machetes, lo recibían al grito de “¡Viva Cuba Libre!”. Al frente marchaba el dominicano Luís Marcano. Aquel dominicano se había comprometido con la conspiración pero no se le tomó muy en serio, incluso, ni siquiera se le citó para que se encontrara el 10 de octubre en el Ingenio Demajagua, seguramente porque se desconfiaba de él.

Olvidando la humillación de no ser tomado en cuenta y enterado del alzamiento, Marcano había reunido a amigos y conocidos levantándose en armas y marchando hacia el Ingenio Demajagua. Céspedes lo aceptó en el inexistente Ejército Libertador, y lo nombro Teniente General de aquellas imaginarias fuerzas armadas. Dejemos a Marcano bajo el fuerte aguacero organizando a los cubanos y hagamos algunos razonamientos.

En las tres guerras de independencia de Cuba, participaron una gran cantidad de extranjeros. Varios de ellos llegaron a ostentar altos grados militares en el Ejército Libertador. Para solo mencionar algunos ejemplos, obtuvieron el grado de Coronel o General 10 venezolanos, 6 mexicanos, 2 estadounidenses, y 1 respectivamente de Colombia, Polonia, Canadá y Francia.



Podemos preguntarnos si los dominicanos fueron unos más entre este grupo de militares extranjeros. Muchas veces vemos la historia en su resultado final y no como un proceso. El primer asunto relevante de los dominicanos fue su temprana integración a las fuerzas libertadoras. Los cubanos no tenían experiencia militar y en los primeros cinco días de la contienda, entre el 10 y el 15 de octubre 1868, los mambises fueron derrotados en todos sus combates: Céspedes el día 11; los holguineros en la noche del 15 al 16; y los tuneros el 14. El único acontecimiento relevante en este corto periodo, fue la captura del poblado de Jiguaní, donde no había guarnición militar.

Todas estas acciones fueron intrascendentes, pero demuestran la falta de una mínima organización militar de los insumisos. El papel más relevante en estos primeros días lo tuvo Luís Marcano Álvarez, quien fue en la práctica el primer General en Jefe de los insurrectos orientales. Organizó la dispersa fuerza de Céspedes y les sumó la que él había reclutado. El día 15 capturó el poblado de Barranca y el 20 la ciudad de Bayamo, la población más importante del centro de oriente de Cuba. Marcano se valió de su inmensa superioridad numérica y del entusiasmo de los independentistas en estos primeros días de la guerra y los supo organizar y guiar.

Los dominicanos jugaron otro papel importante en la contienda. Antes de la sublevación del 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes era un líder local sin más preponderancia que los de otras jurisdicciones. Fue la captura de Bayamo, junto al hecho de ser el primero en sublevarse lo que le dio una ventaja sobre los demás caudillos regionales.

En una guerra la victoria tiene un peso decisivo. Pero Carlos Manuel de Céspedes y el grupo de caudillos locales que lo secundaban comprendieron lo muy frágil de su posición.



Céspedes había sido aceptado como líder máximo de la sublevación prácticamente a regañadientes por los demás jefes regionales. Es cierto que repartió grados y cargos militares a los principales caudillos de otras regiones, pero no podía hacer otra cosa, pues en cada jurisdicción, de hecho, solo obedecían a estos individuos.

Al mismo tiempo los españoles se dispusieron a reconquistar Bayamo y exterminar la sublevación. Para esto acumularon fuerzas equipos y experimentados jefes militares. A las aguerridas tropas del imperio peninsular, Céspedes solo podía oponer una masa de terratenientes, campesinos, peones y esclavos liberados, muchos de los cuales apenas hablaban español; todos sin experiencia, organización y mucho menos armas y parque.

Sin embargo, Céspedes conocía la importancia que podía tener un jefe con experiencia militar y con mucho agrado se enteró que en las jurisdicciones sublevadas existía un grupo de extranjeros, dominicanos en su gran mayoría, que poseían tan preciado don. No dudó en llamarlos a filas y otorgarle altos grados y cargos en el abigarrado Ejército Libertador. Incluso logró convencer al general dominicano Modesto Díaz, miembro de la guarnición que defendió a Bayamo, para que después de la rendición de la ciudad se integrara a sus tropas.

De esa forma quedaron incorporados con los grados militares de Generales los dominicanos: Luis Marcano Álvarez; Modesto Díaz; Máximo Gómez; y el venezolano Amadeo Manuit. Los dominicanos Félix y Francisco Marcano también recibieron altos grados y responsabilidades en las fuerzas revolucionarias. Al principio, no fueron muy bien aceptados por los vecinos de las localidades sublevadas, pero las victorias que



obtuvieron al organizar, disciplinar y aplicar tácticas correctas incrementaron su autoridad.

Esto hizo que acabaran siendo obedecidos por sus subordinados. Pero, al mismo tiempo, los militares extranjeros se convirtieron, por lo menos en los primeros meses de la guerra, en una especie de representantes del mando centralizado que trataba de establecer Carlos Manuel de Céspedes desde Bayamo. Todos ellos no tenían arraigo entre las fuerzas que mandaban, por su condición de extranjeros y porque, además, se encontraban limitados por su reciente asentamiento en las comarcas cubanas.

En el caso de los dominicanos ninguno de ellos llevaba más de tres años residiendo en Cuba. Todo esto hacía que no contaran con un apoyo efectivo entre los vecinos que integraban el Ejército Libertador, como también porque los métodos que utilizaban no eran bien vistos, pues como primera condición para organizar el Ejército Libertador imponían que los hombres hicieran vida de campamento separados de sus familias y propiedades, lo que era inconcebible para estos terratenientes y campesinos acostumbrados a vivir en sus fincas y barrios. Por lo tanto, su autoridad y obediencia dependía de la capacidad de llevar a estas bisoñas tropas a la victoria y de sus relaciones con Carlos Manuel de Céspedes.

El grupo caudillista regional de Camagüey, no aceptó el Gobierno de Céspedes y creó uno independiente. De esa forma el regionalismo y el caudillismo habían demostrado, en apenas un mes, su capacidad de unir a las fuerzas independentistas frente al dominio español, pero, al mismo tiempo, también su capacidad centrífuga dentro del campo revolucionario al impedir la formación de un Gobierno unido. Cada grupo respondía a los intereses locales.



Céspedes y sus allegados comprendieron que esas fuerzas centrífugas amenazaban constantemente a su Gobierno. En la práctica, el único muro de contención que tenía era el éxito militar. Pero este tan solo podían dárselo los militares extranjeros, en especial los dominicanos. Ellos debían organizar a la gran masa de cubanos llenos de entusiasmo pero sin experiencia militar.

Los Generales dominicanos lograron encauzar aquella decisión espontánea y derrotar a las columnas enviadas en los primeros momentos, para recuperar la ciudad de Bayamo. El ejemplo más elocuente fue la victoria de Máximo Gómez sobre la columna de Quirós. El dominicano al frente de un pequeño número de combatientes realizó lo que se considera la primera carga al machete de los cubanos. La columna enemiga que avanzaba de Santiago de Cuba sobre Bayamo fue completamente derrotada y se vio obligada a retroceder de inmediato.

Modesto Díaz derrotó a una columna que avanzaba desde Manzanillo hacia Bayamo, a la vez que Luís Marcano, designado Jefe de Holguín, ocupaba ese cargo el 2 de diciembre de 1868. Allí organizó a las fuerzas locales para enfrentar una poderosa columna que, desde el puerto de Gibara, se dirigía a levantar el sitio que sufría la guarnición hispana de Holguín. Si bien no pudo impedir la llegada de la referida columna, esta quedó bloqueada en dicha ciudad sin posibilidades de marchar sobre Bayamo.

Las victorias militares significaron el incremento de la autoridad de cada uno de estos dominicanos y de Carlos Manuel de Céspedes y su Gobierno centralizado, establecido en Bayamo.



La situación muy pronto comenzó a variar. Los españoles reconquistaron Bayamo, en enero de 1869, e iniciaron con éxito durante ese año una ofensiva que se extendió por todo el territorio sublevado.

La derrota militar demostró lo endeble de la unidad de los grupos caudillistas regionales entorno al Gobierno de Carlos Manuel de Céspedes. Luego de la derrota y la pérdida de Bayamo, el grupo caudillista regionalista de la jurisdicción de Jiguaní formó un movimiento contra Carlos Manuel de Céspedes que logró ser abortado con un acuerdo con sus líderes. Según este convenio, los sublevados de las diferentes regiones del país formaron un Gobierno y la República de Cuba se creó en Guáimaro, Camagüey, el 10 de abril de 1869. De esa forma, los dominicanos aportaron, sin proponérselo, bastante material para al edificio de la unidad de las fuerzas revolucionarias en el oriente de Cuba.

Los españoles, durante los años 1869-1871, llevaron a cabo una gran ofensiva en todo el país contra las fuerzas cubanas, logrando desalojarlas de Las Villas y en Camagüey obtuvieron importantes éxitos capturando familias y ultimando patriotas.

En Oriente, la ofensiva fue mucho más intensa que en el resto del país. Se le llamó “La creciente de Valmaseda” porque el que la comandó fue el general Blas Diego de Villate y de la Hera, conde de Valmaseda, militar que cometió barbaridades y crímenes en las zonas por las que combatió a los mambises, quienes enfrentaron esa ofensiva con desesperada resistencia. Las principales fuerzas mambisas que se opusieron a esta embestida estaban bajo el mando de tres dominicanos.

En ese periodo de 1869-1871 los dominicanos ocuparon los siguientes mandos: Luis Marcano fue primero Jefe de Holguín, entre diciembre y marzo de 1869, luego de Manzanillo donde



cayó en una emboscada traidora, en marzo de 1870; Máximo Gómez fue Jefe de Jiguaní, luego de Holguín, de nuevo de Jiguaní y por último, en 1870, de la División de Santiago de Cuba. En 1871 llevó a cabo la invasión a Guantánamo, zona profundamente integrista. Esta fue la primera victoria importante en el oriente cubano; Modesto Díaz fue Jefe de Bayamo en ese periodo; y los hermanos Félix y Francisco Marcano también alcanzaron altos mandos.

Lo más importante del papel militar de los dominicanos fue que se convirtieron en verdaderos maestros de los mambises cubanos del oriente de la isla. Les enseñaron tácticas como los ataques al machete, la aplicación de la guerra económica o de la tea incendiaria y tierra arrasada, el sobrevivir en medio de las más difíciles condiciones y, además, implantaron una estricta disciplina. Dos de los principales líderes mambises se formaron bajo el mando de Máximo Gómez; los generales Antonio Maceo y Calixto García. Los propios españoles consideraban que Calixto García era una “hechura” de Máximo Gómez.

En varias ocasiones Calixto García dejó constancia de la decisiva influencia del genial guerrillero dominicano. En carta a Gómez, del 26 de marzo de 1896, a los dos días de desembarcar al frente de una expedición le manifestó:

“Traigo también 8 expedicionarios, entre ellos mi hijo mayor Carlos, el que deseo lo enseñe Ud. a pelear como enseñó a su padre”.³⁶

El 21 de marzo de 1898, refiriéndose al general Mario García Menocal, expresó:

36. Calixto García. *Carta a Máximo Gómez*, 26 de marzo de 1896. Fotocopia que se encuentra en el Centro de Información de las Guerras de Independencia, Museo Casa Natal de Calixto García, Holguín.



Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la...

“(…) yo he hecho con Menocal lo que en el 68 hizo Ud. conmigo, es decir, le he enseñado á hacer nuestra guerra (…)”³⁷

Al conocer su fallecimiento, Máximo Gómez escribió en una proclama a sus tropas: “(…) mi primer ayudante del 68 (…)", reconociendo con su habitual lenguaje lacónico los estrechos vínculos que los habían unido en la Guerra Grande.

Pero el mejor reconocimiento de los cubanos a estos dominicanos posiblemente sea una nota de Calixto García en su *Diario*, cuando, el 13 de marzo de 1874, escribió en plena guerra del 1868 y con lo que terminaré esta intervención:

“Salí para el Realengo y dejé encargado del campamento al General Barreto.³⁸ Este jefe ha llegado en la última expedición del *Virginus*,³⁹ es venezolano y me parece que no deba ser malo, pues no le falta valor y actividad. Yo deseo que así resulte pues esta guerra la desgracia que todos los jefes venidos del extranjero hayan carecido de aptitud para nuestra clase especial de guerra y esto ha hecho que en el país gocen de poca simpatía.⁴⁰ Debo empero exceptuar algunos, entre

37. Calixto García. *Carta a Máximo Gómez*, 21 de marzo de 1898. Archivo Nacional de Cuba. Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 283, número 31.
38. José Miguel Barreto Pérez. Nació en 1830 en el estado de Monagas, Venezuela y murió en el mismo lugar, el 14 de octubre de 1900. Llegó en una expedición a Cuba y alcanzó el grado de Mayor General del Ejército Libertador. Fue Secretario de la Guerra. Hecho prisionero, en octubre de 1877, fue dejado en libertad al concluir la guerra.
39. Esta fue la segunda expedición del buque *Virginus* que llegó, el 6 de julio de 1873, por la costa sur de Oriente.
40. La mayoría de los militares extranjeros que tomaron parte en la Guerra de Cuba en el campo revolucionario, provenía de ejércitos regulares por lo que su formación chocaba con el estilo guerrillero de esta contienda.



ellos a los dominicanos, que han sido verdaderamente nuestros maestros y que han hecho la guerra en Cuba con cuantos recursos le ha sugerido su inteligencia”.⁴¹

Bibliografía

Abreu Cardet, José; Portuondo, Olga; y Mollin, Volver. *Calixto García: Escribe de la Guerra Grande. Tres documentos personales*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2009.

Archivo Nacional de Cuba. *Fondo Asuntos Políticos*. Caja 227, Números 6 y 8 *Fondo Comisión Militar*. Legajo 126, Número 12; *Fondo Donativos y Remisiones*. Legajos 283 y 543, Números 31 y 85, respectivamente.

Castro, José Ignacio y Sed Nieves, Gustavo. *Biografías*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977.

García, Calixto. *Diario*. El original se encuentra en el Archivo privado de Juan Andrés Cue Bada, en Santiago de Cuba. Fue publicado por Abreu Cardet, José; Portuondo, Olga; y Mollin, Volver en el libro *Calixto García: Escribe de la Guerra Grande. Tres documentos personales*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2009.

García, Calixto. *Carta a Máximo Gómez, 28 de marzo de 1896*. Fotocopia que se encuentra en el Centro de Información de las Guerras de Independencia. Museo Casa Natal de Calixto García, Holguín.

41. Calixto García. *Diario*. El original se encuentra en el Archivo privado de Juan Andrés Cue Bada, en Santiago de Cuba. Fue publicado por José Abreu Cardet, Olga Portuondo y Volver Mollin en el libro *Calixto García: Escribe de la Guerra Grande. Tres documentos personales*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2009.



Mucho más que una carga al machete: Impacto de la Guerra de la...

García, Calixto. *Carta a Máximo Gómez, 26 de marzo de 1898*. La Habana, Archivo Nacional de Cuba, Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 283, número 31.

Godínez Sosa, Emilio. *Eduardo Agramonte*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975.

Ibarra Cuesta, Jorge. Marx y los historiadores. *Ante la hacienda y la plantación esclavista*. La Habana, Editorial de Ciencia Sociales, 2008.

Leal Spengler, Eusebio. *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido*. La Habana, Publicimex, S. A., 1992.

Moreno Frajinals. *El Ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, tomo 3. La Habana, Editora de Ciencia Sociales, 1978.

Pérez de la Riva, Juan. *El barracón y otros ensayos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Pirala Criado, Antonio. *Anales de la Guerra de Cuba*, tomo I. Madrid, Imprenta F. González Rojas, 1895-1898.

Portuondo, Olga. *Cartas familiares de Francisco de Estrada y Céspedes*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1989.

Portuondo y del Prado, Fernando. *Historia de Cuba*. Editora de Ciencia Sociales, 1965.

Portuondo y del Prado, Fernando. *Estudios de Historia de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

Portuondo y del Prado, Fernando y Pichardo, Hortensia. *Carlos Manuel de Céspedes.*, tomo 1. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

Ramírez, Ismael Sarmiento. *Cuba: Entre la opulencia y la pobreza*. S/l, Agualarga Editores, s/a.



CLÍO, año 84, no. 189. Enero-junio de 2015.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de Servicio del Ejército Dominicano, 1844-1865*, tomo 2. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1968.

Sarabia, Nydia. *Ana Betancourt*. La Habana, Editorial de Ciencia Sociales, 1970.

Weyler Nicolau, Valeriano. *Mi mando en Cuba (10 Febrero 1896 a 31 de octubre 1897)*. *Historia Militar y Política de la Última Guerra Separatista Durante mi mando*, tomo V. Madrid, Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, 1901.

